

CIUDAD - SALON DEL AUTOMOVIL

El espectáculo que en el aspecto automovilístico ofreció la ciudad el día de la inauguración de su coso taurino, es difícil, por su importancia, de ser descrito por nuestra pluma. Otros acontecimientos le han seguido luego, y todos ellos han servido para que la ciudad reconociera que tiene ante sí planteado el mayor problema de su historia. El que le crea su falta de espacio.

A falta de pan, hasta las tortas son buenas. Reconocemos de todos modos que hoy no había otra manera de aminorar o paliar el problema. Por eso, vaya por delante, decidido y entusiasta nuestro aplauso a la Comisión Municipal que en cura de urgencia metió en orden la cosa, estableciendo unas zonas de aparcamiento y con una sabia profusión de indicaciones y señales. Eso indica la existencia de una verdadera política de previsión, que bien vale y se merece el elogio que gustosamente le brindamos con las líneas del presente subrayado.

Conviene distinguir, empero, sobre lo que precipitadamente se nos dió como solución de puro trámite o circunstancia, de aquella que cara al futuro precisa la ciudad con las dignidades que revisten las cosas permanentes.

Ni el Paseo del Mar debe convertirse en Salón del Automóvil estableciendo una barrera con la playa, ni hay que valerse de la anchura de la calle Mayor por ser precisamente la única que la tiene. La Rambla Vidal es otro puro galimatías y nada digamos de cuanto sucede en la Avenida de Mola, así como en torno de la mayoría de los talleres de reparaciones.

A Dios gracias, vale más tener que preocuparse de estas cosas, que no poner re-

miendos a la escasez y parches a cualquiera de sus análogos. Por eso, tanto éste como los demás problemas, debemos solventarlos con cara de pascuas y sin fruncir el ceño ni mordernos el labio. Nuestra discusión ha de ser alegre como la del padre de familia al ver que el hijo, por crecer sano y robusto, le quedan cortos los pantalones. De momento puede que a la madre se le ocurra poner a los calzones un añadido, que es, ni más ni menos, lo que nosotros hasta hoy hemos hecho con respecto a nuestros aparcamientos.

Pero la ciudad, como el hijo sigue creciendo, y precisa de un traje nuevo a su echura y medida. Por tanto no tenemos más remedio que recurrir a la habilitación de unos espacios dignos y suficientes, única manera de lograr justificación al impuesto que hoy, por anticipado, ya se les cobra.

¿Y cómo, dirán ustedes? No es a nosotros quien nos toca dar las soluciones que procedan, por cuanto a veces las soluciones ofenden cuando se dan sin que nadie las pida. Pero existen todavía en la ciudad solares y espacios, y alguna que otra finca ruinosas que desde hace largos años nos están afeando el panorama. En los contornos del casco urbano son varios los terrenos aptos para estos menesteres. Bajo indemnización — ni la estrictamente expropiataria, ni la fabulosa a que hoy se vende un puñado de tierra para rellenar una maceta — son varios los espacios — menos, a cada año que pasa — de los que todavía podríamos echar mano y al objeto de dejar los paseos y calles para los fines por los que un día se crearon.

¿Qué la labor es ingrata? Ya lo sabemos. Ingrata, y más que ingrata, impopular. Cuando en la Rambla hace ya varios años se cortaron los cuatro plátanos para dar al tránsito más paso y maniobra con la calle Mayor, pareció que aquello iba a terminar en un verdadero tumulto. Hoy, en cambio, la cosa nos parece ridícula y no obstante en aquel entonces los ánimos se caldearon más de lo debido. Y es que no hay como dar en el clavo, aunque a veces la gente proteste. Los días lo remedian todo y la razón acaba siempre por imponerse.

¿O es que creen ustedes que, de no ser así, seguiríamos todavía publicando este semanario?

Sabemos, y nos consta, que estos exámenes de conciencia que venimos publicando, disgustarán, sin ánimo de querer, a más de uno. Pero eso, ni nosotros, ni nadie, puede remediarlo. Además sería muy difícil averiguar quien es el que se mete con quien.

Lo único cierto es que las cosas bien hechas siempre quedan. Los sacrificios para obtenerlas a la larga se olvidan. Solo queda lo digno y permanece lo verdadero, porque no todo en este mundo han de ser injusticias.

Otro problema muy emparentado con el ante-

rior, en el que también a la ciudad está creando el exceso del tránsito pesado. Los camiones que van al puerto. Y los forasteros que simplemente cruzan la ciudad por el gusto de cruzarla, o que para descargar un bocoy o una docena de escobas, acaparan una calle al cronómetro de su antojo. Todo eso debe terminar y tan pronto y felizmente como se pueda. Recordamos que hace ya bastante tiempo salimos en estas páginas a combatir esa pesada marabunta del transporte, indicando la conveniencia de establecer una ruta especial que bifurcando en los «Quatre Arbres» dirigiera el tránsito comercial en línea recta hacia el puerto. Algo más tarde, se fraguó en este sentido, sin que, por lo visto, cuajara en realidad y continuando todavía sin la menor noticia.

Y como colofón al examen de hoy, bueno será también tratar de los ruidos. En una época ruidosa como esta del motor, el silencio es ya una virtud tan deseada y preciosa como cuando los prosaicos intentan poner fin a su desdicha con unas gotas de poesía. Nuestra ciudad se ha espabilado o la han espabilado, aunque no sea lo mismo, pero en alguno de los casos lo ha sido a muy alto precio. Oneroso ha sido en extremo su pago, sobretodo si tenemos en cuenta que ha sido espabilada a base de ruidos. Si el lector no toma nuestra palabra en el más frío sentido literal, diremos que todo se puede hacer en este mundo con tal que sea a base del silencio. Y, hay que ver los ruidos que por aquí se organizan en verano, sin el menor recato ni templanza. Los tonos y los presumidos levantan siempre la voz, ya que de otro modo no habría quien los escuchara. Y notamos que la ciudad la está levantando demasiado, lo que resulta impropio de su formación y de su cultura. Hay ruidos que se pueden evitar y otros que no. Pero sí que todos pueden ser aminorados. Sardanas, boleras, atracciones de feria, claxons, motores, gritos, cantos, amén de una porción espontánea de ruidos callejeros, nos están dando un tono de muy poca urbanidad y, cuando todos suenan a la vez, eso parece más bien un manicomio.

No pretendemos convertirnos en una ciudad de reposo solo apta para tullidos y neurasténicos. Pero de ser un cementerio animado, a vivir como en una fábrica de clavos, va una enorme e infinita diferencia. Aquí el turismo se entiende a base de jolgorio y, sobretodo de ruidos. Y así como un día quiso el Ayuntamiento cerrar el grifo del humo de las estufas que daban a la calle, del mismo modo debe poner coto a tantos escapes libres como en nombre del turismo se nos enchufan al oído.

ancora